

LIBRO OCTAVO.

LAS CRUZADAS

SUMARIO.

Origen de las cruzadas.—Primera cruzada.—El imperio: Enrique V; las investiduras.—Tercera cruzada

CAPITULO I

Origen de las cruzadas.

Ya las emigraciones septentrionales han acabado; han echado los pueblos raíces en el suelo; para cada uno de ellos se ha constituido la nacionalidad; y las semillas esparcidas en los precedentes siglos pueden en fin desarrollarse; además lo hacen de una manera, de tal modo notable, que esta época se convierte en una de las mas singulares de que la historia guarda recuerdo. El poder del jefe visible de la Iglesia se extiende hasta el punto de no poder evitar el chocar con el del jefe del imperio; resulta de esto la lucha, cuyo primer acto hemos visto; no tardaremos en ver otros muchos. Saldrán estos dos poderes debilitados, pero este lado moderno será su consecuencia. No cesan de aumentar su independencia los pequeños señores feudales, á expensas de la autoridad real; pero al lado de toda esta aristocracia territorial y guerrera se levanta otra clase desconocida en las antiguas instituciones, el comun de los mercaderes y de los artesanos quienes habiendo aumentado su poderío durante la querrela agitada entre el poder secular y la autoridad eclesiástica, puede en adelante resistir á la tiranía armada y abrirse el camino del porvenir.

Pero de nuevo amenaza el Oriente. Así como las demas monarquías asiáticas, enervóse el imperio de los árabes desde el momento en que sufrió un gobierno de serrallo. Las continuas

sublevaciones de los Alidas, el clero fanático de ciertos herejes, la arrogancia de los guardias y el desmembramiento producido por el establecimiento de diferentes califatos, minaban el poder de los sectarios del Profeta. Derepente sale del Norte, para darle una nueva energía, una nacion que arrastrándola en su empuje, la precisa á arrojarla con renaciente avidez entre la cristiandad. Pero ésta, en relacion con las creencias comunes, se levanta como un sólo hombre; coloca la Iglesia en manos de los fieles el estandarte de la libertad cristiana, adhiere á sus vestidos la señal de la humanidad rescatada, y la civilizacion se salva.

Ha podido observarse que el sentimiento religioso, ya fuese mal ó bien comprendido por la ignorancia ó extraviado por la supersticion, era predominante en la edad media.

Habia reunido la religion la mision sagrada de refrenar las indomables voluntades de los pueblos bárbaros, y de derramar entre ellos las nociones de lo justo y de lo honesto. Resultaba de esto que su conducta privada y pública no conocia otra guia en los momentos de efervescencia que la pasion, ó los cánones religiosos en las horas de tranquilidad.

Para gentes que sentian verdaderamente, y cuya imaginacion era viva, era preciso que la fé se expresase por un culto de una exterioridad atractiva, por actos de una significacion poderosa, uniéndose estrechamente á la representacion sensible de las ideas. De aquí procede la veneracion especial á ciertos lugares especiales, y de las reliquias de los santos. Desde

el origen, la Iglesia honró los huesos de los que esperaban la glorificación; elevaban sobre bre los de los mártires los altares donde los fieles acudían en el secreto y temor á adquirir la fuerza y resolución de imitarles. El método de este culto varió según los tiempos y las Iglesias; mientras que la del Oriente distribuía las reliquias á los devotos; absteníase cuidadosamente la Iglesia latina de poner la mano en ellas, y se repetían los milagrosos castigos que más de uno se había atraído por semejante impiedad.

Pero también en esto cambió la disciplina en Occidente, y se repartieron los santos huesos, que fueron buscados con una avidez que participaba más del fanatismo que de la devoción. También algunos, ya por malicia, ó por ignorancia, supusieron reliquias y santos; otros se las procuraron por el fraude ó la violencia; parecía, según el dicho de un escritor, que hacía el año [mil acontecía una resurrección, se desenterraban, se robaban, se fabricaban reliquias de los santos, verdaderas, ó que pretendían serlo. Ricardo, duque de Benevento, obligó á los napolitanos á cederle San Genaro; hizo la guerra á Amalfi únicamente para tener los restos de Santa Trifomena, y ocultó los de San Bartolomé en las islas de Lipari. Estos los reclamó Othon III, y no atreviéndose los beneventinos á responderle con una negativa, le enviaron los huesos de San Paulino; pero se apercibió de la sustitución y marchó contra Benevento, á la cual sitió. Teniendo costumbre el papa para curar á los furiosos, de golpearlos con la cadena de San Pedro, fingió un hombre estar atacado del mal, y habiéndosela arrancado, juró no soltarla en tanto que no le cortaran la mano ó que se le diese un anillo.

Algunos mercaderes de Bari, que habían ido á comerciar á Mira en la Licia, se conjuraron para robar los huesos de San Nicolás. Animáronse sobre todo al descubrir que los venecianos habían hecho ya sus preparativos con el mismo objeto, y se habían procurado palancas y martillos. Desanimados, sin embargo, por los obstáculos, renunciaron á su proyecto, y se dieron á la vela. Pero en breve el viento favorable en un principio, les fué contrario, lo cual tomaron por una señal de la voluntad divina; deshicieron el camino y acudieron á la iglesia

donde yacía el cuerpo del santo. Después de haber procurado, aunque en vano, seducir á precio de oro á los monjes que le guardaban, se apoderaron de él á viva fuerza, y le metieron en un tonel envuelto en una sábana blanca, y se embarcaron de nuevo. Luchó el bajel por espacio de tres días contra la irridada mar, pero en fin, aquéllos que, en el desorden del robo, habían separado algunas partículas de reliquias, las restituyeron hasta la última, y el viento cambió de repente empezando á soplar por la popa; y el barco arribó felizmente á Bari, donde el santuario de San Nicolás se convirtió en uno de los más frecuentados por los peregrinos y de los más fecundos en milagros.

Aumentóse hasta tal punto la avidez por las reliquias, que todos los medios parecieron buenos para procurárselas. Las ciudades bastantes felices en poseer alguna, la encerraban bajo varias llaves, ya fuera en el fondo de subterráneos inaccesibles, ya en lo más alto de los templos, y muchas veces la posesión del cuerpo de un santo fué un motivo de guerra. Habiendo obtenido fraudulentamente los florentinos un brazo de la virgen Santa Reparata, lo expusieron con gran pompa á la veneración de los fieles; pero queriendo algún tiempo después adornarle con pedrerías y oro, no encontraron sino un brazo compuesto de madera y yeso. Las religiosas de Teano, guardianas del cuerpo sagrado, habían recurrido á este artificio para conservarlo en su integridad.

Nosotros que hemos visto á individuos disputarse los menores utensilios, que habían pertenecido al hombre prodigioso de nuestra época, objetos que él apenas había tocado, y la posesión de sus cenizas convertirse en un negocio de Estado entre dos poderosos reinos, nosotros que hemos sido testigos del entusiasmo despertado á su vuelta á Europa, en medio de este siglo calculador, ¿no hemos de excusar en nuestros abuelos una veneración excesiva á otros héroes?

Lo que aumentaba más la importancia que se concedía á la posesión de las reliquias, era el concurso de devotos que ellas atraían en peregrinación. El sepulcro del patrono de la nación, el lugar señalado por un milagro ó por una aparición, eran frecuentados con una devoción particular. Acudían los francos en tro-

pel á Tours al sepulcro de San Martín, cuya eapa servía de adorno á los reyes y de estandarte á los ejércitos; reverenciaban los españoles á Santiago de Compostela en Galicia; acudían piadosamente los longobardos al monte Gárgano, santificado por la aparición del arcángel San Miguel; los italianos al monte Casino para venerar el sepulcro de San Benito, y todos los fieles á Roma, cerca del sagrado umbral de los Santos Apóstoles.

Los pueblos septentrionales, después de su conversión á la fé, aún conservaban el gusto á las expediciones lejanas; y como no había en el país en que el cristianismo apenas acababa de echar raíces, lugares consagrados á la veneración por antiguas tradiciones, ó por el recuerdo de santos de mucho antes en renombre, acudían hácia aquellos que, en toda la cristiandad eran objeto de mayor respeto, y sobre todo á Roma. Allí se ofrecían á la pasmada vista los restos de aquella civilización que admiraban sin saber imitarla; eran benditos por el jefe de la Iglesia, al cual rendían un piadoso homenaje, como al vicario de Dios, un tributo de amor como al padre común. Ya hemos visto á Alfredo y á Canuto acudir allí y adquirir luces y fuerzas para civilizar sus pueblos. Acudieron también allí otros príncipes con intención de ilustrar á sus súbditos y á sí mismos, como en nuestros días, de los reyes de la Oceanía vienen á buscar á Europa inspiraciones y modelos.

Por lo común, las peregrinaciones se imponían como penitencia. Ya hemos tenido ocasión de hablar del rigor de aquellas expiaciones en los primeros siglos, y de su variedad según los lugares y los tiempos. Poco á poco cesó la confesión pública, quedando secreta la vergüenza, y no teniendo lugar la publicidad sino para la remisión. La confesión auricular, reservada en un principio al obispo, se extendió á los sacerdotes autorizados por él, y en fin á los mismos monjes.

Podían los obispos, á ejemplo de los apóstoles, abreviar ó dulcificar la penitencia. Se concedía, principalmente á los misioneros, dar cartas de indulto á los pecadores. La Iglesia, como lo explica San Cipriano, entiende que se satisfaga menos respecto de ella, que respecto de Dios por la penitencia; de lo que se sigue que la

remisión parcial de la pena, acto de indulgencia para una parte de la satisfacción debida á la justicia divina, era otorgada en virtud del poder atribuido á la Iglesia de atar y desatar.

Continuaban, no obstante, las penitencias públicas castigando las culpas escandalosas, sobre todo la apostasía, el adulterio y el homicidio. Pedro Damiano y Anselmo de Baggio, habiendo acudido á Milan para extirpar allí la simonía, impusieron, por expiación á los miembros del clero menos culpables, ayunar á pan y agua dos días de la semana por espacio de cinco años, y tres días en las cuaresmas de Pascuas y de San Juan. Este ayuno fué de siete años para los más culpables, y debió prolongarse toda su vida en todos los viernes. El término fijado al arzobispo fué de cien años, con facultad de rescatarse á precio de dinero; le fué preciso prometer además, enviar á todos los clérigos culpables en peregrinación á Roma y Tours, é ir él mismo á Santiago de Compostela y al Santo Sepulcro. Encuéntrase este rigor en las decretales del mismo Anselmo, después papa con el nombre de Alejandro II, y el brazo secular intervenía para obligar á los recalcitrantes á someterse á la penitencia impuesta. Encargaba Carlo-Magno á los condes que velasen porque los fieles no tomasen su alimento con los penitentes, no bebiesen en el mismo vaso, no aceptasen ni su beso ni su salutación; que si éstos se negaban á obedecer podían ser presos y privados de sus rentas. El mismo monarca encontraba fuera de lugar que los culpables fuesen en peregrinación con achaque de penitencia casi desnudos y cargados de cadenas, juzgando preferible que el pecador permaneciese en un paraje trabajando, sirviendo y haciendo expiación conforme á los cánones.

Aquellas clases de penitencia se habían introducido hácia poco tiempo; se conceptuaba antes por mejor encerrar, ora por tiempo determinado, ora por toda la vida á los culpables en los monasterios, como nosotros lo hemos visto muchas veces. Aquellas innovaciones fueron después el origen de un sistema de indulgencias que no siempre estuvo irrepreensible. Habiendo causado graves daños á las iglesias el conde Bonifacio, padre de la condesa Matilde, acudía todos los años á Pomposa, donde se confesaba; y colmados de regalos, el

abad y sus monjes le lavaban de los pecados de que se acusaba. Pero por haberse permitido él conferir por dinero, á la manera de los señores de aquel tiempo, títulos y beneficios, el abad le azotó en las espaldas desnudas delante del altar de la virgen, haciendo voto el conde de abstenerse en adelante de aquel sacrilego tráfico.

Habia resuelto Hilderado de Comazzo ir en peregrinación á Ultramar para la remisión de una gran falta; pero encontrando el pontífice demasiado ligera la expiación, le mandó visitar por tres años seguidos la Tierra Santa y cien oratorios con los pies descalzos, sin cabalgadura ni báculo, absteniéndose de su mujer y sin pasar nunca la noche donde se hubiese detenido el día. Conociendo que la penitencia era superior á sus fuerzas, obtuvo la conmutación de ella; se comprometió á edificar el monasterio de San Víctor en el territorio de Lodi, consagrando á él la décima parte de sus bienes. Se ve que si las antiguas penitencias eran ménos penosas y más á propósito para mejorar el espíritu, las nuevas, áun mortificando el cuerpo, podían faltar á su institución.

Ya hemos recordado varias veces los viajes á Jerusalem. Si en efecto los huesos de un mártir ó la silla de un apóstol santificaban un lugar, ¿con cuanta mayor razón no debía ser así en aquel en que se habían preparado y verificado los actos de la divina redención? Podía Jerusalem llamarse la patria comun de los cristianos, en cualquier país en que hubiesen nacido. Los niños oían hablar de ella en el regazo de su madre; los místicos veían en ella la imagen de la ciudad celeste; en todas partes los fieles repetían los cantos de sentimiento que le dirigían los hebreos desterrados, ó con que hacían resonar su recinto en sus solemnidades religiosas y nacionales. Las rosas de Engaddi, los cedros del Líbano, los rocíos del Hermon, las ondas de Jordan, los santos espantos del Tabor, las olivas del Gethsemani, no les eran ménos familiares que el campo nativo, que la colina y el río testigos de los juegos de su infancia.

No dejaron, pues, de dirigirse hácia aquellas comarcas desde el tiempo de los primeros cristianos. Fundó San Jerónimo con Eusebio de Cremona un hospicio en Belen; pero como no

bastaba á dar asilo á todos los que acudían, tuvieron que ir á Italia, y vender todo lo que tenían, para subvenir á las necesidades de todos los que visitaban los santos lugares. Paula, dama roma que los había seguido á Palestina, fundó allí un monasterio de mujeres. Elena, madre de Constantino, á quien estaba reservada la dicha de encontrar el sagrado madero sobre el cual había padecido Jesucristo, erigió sobre su sepulcro un templo, que fué inaugurado con solemne pompa, cuyo brillo realzaron á porfía todas las artes; y las innumerables capillas que hizo colocar en el lugar de los misterios, fueron otras tantas estaciones donde los fieles se detuvieron para orar.

La emperatriz Eudoxia se había trasladado allí con tanto fausto, que había excitado murmuraciones, y se dice que plantó sobre el Calvario una cruz de oro; despues, cuando se vió blanco de enemigas acusaciones, fué á acabar allí sus días dividiendo su tiempo entre la poesía y la penitencia. Ya San Jerónimo, y despues de él los Padres, vituperaban como superfluas aquellas visitas al Santo Sepulcro. Agustín, repetía á sus ovejas que el Señor no había dicho: *Vé á Oriente á buscar la justicia, y que amando, no navegando, es como se llega cerca de aquel que está en todas partes.* Gregorio de Nicea desapruaba á los que acuden en tropel á Jerusalem, sobre todo á las mujeres, porque ellas pueden producir en viaje ocasiones de pecar; añade que el camino que conduce á las moradas celestiales está tan abierto desde lo interior de Bretaña como desde Jerusalem.

Las peregrinaciones fueron interrumpidas por la invasión de los persas en tiempo de Chosroes; pero las lágrimas derramadas por los cristianos al sucumbir la ciudad santa, se cambiaron en alegría cuando ésta fué recobrada por Heraclio, que volvió á llevar la verdadera cruz con los pies desnudos, con piadosa magnificencia á la cima del Calvario; fué entonces saludado con las felicitaciones de todos los príncipes del mundo.

Pronto sobrevinieron los árabes que ocuparon á Jerusalem, cantando estas palabras del Corán: *Entremos en la ciudad santa que Dios nos ha prometido;* al paso que los fieles esclamaban: *Ha llegado la abominación y la desolación al santo lugar.* Omar, que no había creído

hacer demasiado yendo de Medina para que se le entregase en persona, permitió á los cristianos visitarla; y apreciando los Fatimitas la utilidad del comercio, favorecieron las ferias que tenían allí los peregrinos, siempre en gran número en el sepulcro del Señor, cuyas alabanzas se celebran en todos los idiomas.

No obstante, la ciudad de los profetas y de los apóstoles había sido profanada; elevábase una mezquita sobre los cimientos del templo de Salomón. La voz de los imanes, llamaba á la oración desde lo alto de los minaretes á los adoradores de Alá, mientras que el sagrado bronce había quedado reducido al silencio, y que el patriarca Sofronio moría de dolor. A pesar de la ponderada tolerancia de los vencedores, los cristianos fueron blanco de los más crueles tratamientos; se les impuso un pesado tributo por los señores de la Palestina, con prohibición de llevar armas ó montar á caballo, no llevar el cinturón distintivo de cuero, de hablar árabe, y elegir su patriarca sin intervención de los musulmanes.

Lejos de disminuir las dificultades el ardor de las peregrinaciones, parecieron aumentarlo; y los cristianos no quisieron ceder en celo á los musulmanes, que para visitar la Meca, se exponían á las mayores fatigas. Aprendieron de ellos á viajar con más orden, y á marchar en gran número. Cada año, en ciertas épocas, sobre todo al acercarse la solemnidad de las Pascuas, partía multitud de devotos que se confesaban y hacían bendecir al pié del altar la alforja y el bordon, compañero de su viaje. En Normandía eran conducidos procesionalmente desde la iglesia hasta el camino, que se bendecía, deseándoles un feliz viaje. Despues de recibir los abrazos de sus deudos, se alejaban divididos entre el piadoso deseo que los llamaba á parajes remotos, y el sentimiento de separarse de aquellos á quienes amaban para emprender un gran camino sembrado de peligros y trabajos.

El sayo burdo, atado á los riñones con un cinturón de cuero, en el cual se colgó despues el rosario; á la espalda la alforja conteniendo la frugal provision; en la cabeza un sombrero de alas anchas, levantado por delante, tal era el traje general de los peregrinos. Algunos se servían de una caña hueca á manera de flauta,

para tocar por el camino, con objeto de distraerse con las canciones de su patria, del fastidio del camino y del sentimiento de la ausencia, ó como medio de hacerse dar un pedazo de pan. A los que acudían á Roma se les llamaba romeros (*romei*), y se distinguían por las llaves dibujadas sobre su esclavina; los peregrinos de Compostela, por una concha en su sombrero; dábase el nombre de palmeros á los de la Tierra Santa, por las palmas que de allí traían.

Al ir ó al volver, visitaban el Egipto, donde iban á condolerse de la servidumbre de los hebreos, ó á buscar vestigios de la infancia de Jesus, ó á visitar las ermitas de los antiguos padres del desierto. En Palestina se prosternaban en cada piedra, donde Cristo había podido poner el pié, en medio de los valles que resonaban con los cantos de los profetas, en las selvas cuya sombra cubría divinos secretos. Entraban en Jerusalem por la puerta de Efraim; y despues de haber pagado el tributo, despues del ayuno y de las oraciones prescritas, se presentaban en la iglesia del Santo Sepulcro, cubiertos con una alfombra que conservaban para ser enterrados con ella; acudían despues al Jordán ó al torrente de Cedron para bañarse en él; cogían palmas de Jericó, y se ponían en camino para sus hogares.

Confiando en el Dios que envió un ángel á Tobías, iban á veces sin saber el camino, faltándoles todo, expuestos á mil peligros. Así era que muchos perecían en el viaje exclamando: *Señor, vos habeis dado vuestra vida por mí, y yo doy la mía por vos.* Estos eran considerados como mártires; los que volvían estenuados por los ayunos y fatigas, abrasados por el sol de Siria, santificados por crueles pruebas y mortificaciones de ingeniosa variedad, entregaban su bordon en manos del sacerdote, que le colocaba cerca de los altares; despues las relaciones que hacían de las cosas maravillosas de los países remotos, incitaba á otras personas á imitarlos. Así es, que en la escasez remota de comunicaciones, éste era un gran medio de extender las noticias, las costumbres, los utensilios y hasta las plantas fructíferas.

Protegia la religion á aquellos piadosos viajeros, para quienes se perpetuaba la tregua de Dios. Todo el que insultaba sus personas, ó se aprovechaba de su ausencia para invadir sus

bienes, se hacia culpable con respecto al único poder respetado entonces, la Iglesia. Eran acogidos en todas partes y albergados, sin que se les pidiese otra cosa en cambio que una oracion, único viático de que estaban provistos, su única arma defensiva contra los peligros. Ante ellos se alzaban, sin retribucion, las barreras establecidas por los barones en cada puente, en cada esquina, para exigir el peaje; ningun patron de barco hubiera negado el pasaje á personas que podian atraerle la bendicion del cielo y un propicio viento. El cauteloso castellano hacia bajar el puente levadizo, y levantar el rastrillo de su castillo para recibirlos por la noche en su hogar, ó iban á llamar á la puerta del convento, que dividia con ellos el producto de las limosnas. Los señores y los obispos hacian construir hospitales, cuyo mismo nombre indica que estaban destinados á alojar viajeros, más bien que á recibir enfermos. Bernardo de Menton fundó dos hospicios, en la cima del grande y pequeño San Bernardo, para dar en ellos asilo á los peregrinos de Francia, en la época en que los sarracenos, posesionados del Valais, hacian más peligroso el tránsito. Se construyó uno sobre el monte Cenís, y otros en la Hungría y el Asia Menor. Los reyes de los países remotos, y los negociantes de Amalfi, de Génova, de Venecia, sostenian establecimientos de la misma clase en Jerusalem, desde donde los monjes que los servian, iban á Occidente á recoger las limosnas de los fieles para sus hermanos ausentes. Habia despues multitud de historias, creidas de buena fé, ó inventadas á capricho, que se contaban en caso de necesidad; eran ángeles que habian llevado pan al hospicio donde los peregrinos pasaban la noche; tempestades que se habian desencadenado sobre el buque en que se les habia negado el pasaje; favores de todas clases concedidos á los que los habian acogido.

Este concurso de viajeros estimuló el génio especulador de los italianos; y así como Alejandria y en las demas costas del Mediterráneo, establecieron mercados en Jerusalem. Cada año, el dia en que se celebraba la exaltacion de la Cruz, se abria en el calvario una feria, donde los de Pisa, los venecianos, los genoveses y los amalfitanos, cambiaban las mercaderías de Europa por las de Levante.

El viaje de la Tierra Santa, emprendido á veces por un voto, impuesto tambien á veces por penitencia, tenia, además de la expiacion, el resultado favorable de alejar los objetos y causas de las facciones asesinas. El poder de los lugares y de las costumbres es grande; y muchas veces, al abandonar un país, al dejar un traje, al renunciar á una ocupacion acostumbrada, se cambia de modo de ver y de sentir. Los pueblos creyentes de la edad media pudieron esperar que las peregrinaciones producirian aquel efecto, y comunmente lo producian realmente; de esta manera es, como nosotros, hombres positivos y calculadores, vamos á buscar inspiraciones virtuosas y fuertes en los lugares testigos de los grandes acontecimientos; así es, como vemos en ciertas colonias, convertirse en hombres honrados los que en su patria habian entrado en la senda del crimen.

Utrico, monje de Cluny, fué á Jerusalem recitando todos los dias el salterio antes de montar á caballo. En la reforma que San Dustan redactó para el rey Edgar de Inglaterra (973), se hace mencion, con gran ejemplo de penitencia, de un lego que deponiendo sus armas fué descalzo en peregrinacion sin dormir dos noches en un mismo pueblo, sin cortarse los cabellos ni las uñas, sin tomar un baño caliente ni meterse en una cama mullida, sin probar carne, ni licor fermentado. Helena, noble sueca, fué á pié á Oriente, y muerta á la vuelta por sus deudos, que habian quedado afectos al culto de los ídolos nacionales. Hacia el año 900, uno llamado Arcadio, visita la Tierra Santa, de donde trae reliquias, que una aparicion le manda depositar en el paraje donde se construyó la aldea Santo-Sepulcro en el valle del Tiber.

Habiendo perdido Raimundo de Plasencia en el comercio todo lo que poseía, tuvo el más vivo deseo de marchar con una caravana de peregrinos que vió ponerse en camino, pero el amor hácia su madre le detuvo. Informada ésta del sacrificio que él hacia por ella se ofreció á seguirle. Oyeron, pues, la misa mayor; y despues de haber recibido la alforja y el bordon, ambos se fueron seguidos de los votos de sus deudos. No nos detendremos en describir sus piadosas emociones á la vista de los lugares santos. Terminadas sus devociones se hicieron al mar, y habiendo caido malo Raimundo pronto se en-

contró en el artículo de muerte. Querian los marineros arrojarle al mar por el temor de que su muerte produjese una desgracia al barco; pero su madre se opuso á ello y sanó. Cuando desembarcaron cayó la madre enferma á su vez y murió. Volvióse sólo Raimundo á su país natal, y depositó en el altar de Plasencia el ramo sagrado que le valió el sobrenombre de Palmero.

Arrepentido Gervino de Reims despues de una disoluta juventud, habia tomado el hábito monástico en San Riquiero. Obtuvo de su abad Ricardo ser comprendido en el número de seiscientos peregrinos que debian acompañarle á Palestina. Entre ellos se encontraba el hijo de un rico aldeano de Beyeux, llamado Humberto: advertido en sueños que para curarse de un mal desesperado le era preciso emprender aquel viaje, se resolvió á él, despues de haberse hecho llevar primero; poco á poco se sintió en estado de montar á caballo y al fin curado y fuerte. Habiendo entrado los peregrinos en la ciudad santa cantando los salmos, ofició Ricardo en presencia del patriarca en el monte Sion, lavó los pies á los pobres, distribuyó víveres y vestidos. El sábado debia bajar el fuego del cielo para encender las lámparas en rededor del Santo Sepulcro: con la burla en los labios y la cimatarra en la mano miraban los infieles con lástima á los fieles, que esperaban el milagro en un trémulo silencio, cuando se verificó á vista de todos.

Habia agotado Herlembando, en un viaje á Jerusalem, el valor que desplegó combatiendo en Milan á los sacerdotes concubenarios. Aquel Cencio, prefecto de Roma, que habia detenido á Gregorio VII cautivo, fué á expiar allí su sacrilegio; y Roberto, conde de Flandes, sus usurpaciones de los bienes eclesiásticos. Berenger II, conde de Barcelona, sucumbió á las penitencias que se le impusieron. Despues de haber cedido su feudo Federico, conde de Verdun, al obispo, visitó los Santos Lugares; y asaltado por ladrones cerca de Laodicea, fué abandonado por muerto; pero socorrido por el obispo de aquella ciudad, volvió pobre y solo al país de donde habia marchado con una brillante escolta y se metió monje.

Hacia con sus hermanos un franco llamado Frotondo, la particion de la herencia paterna,

cuando entraron en cuestion con un eclesiástico, su tío, y le dieron muerte, como tambien al más jóven de los hermanos. Arrepentido Frotondo pregunta al rey Lotario cómo puede expiar semejante crimen. Convoca el rey á los obispos, que hacen atar los brazos y cintura del culpable y sus cómplices con cadenas, despues les intiman ir en aquel estado, revestidos del cilicio y cubiertos de cenizas hasta la Tierra Santa. Llegados á Roma, donde Benito III les entregó cartas, se dirigieron á Jerusalem y permanecieron allí mucho tiempo llorando su crimen. Despues visitaron en Egipto las ermitas, y en Cartago el sepulcro de San Cipriano; en seguida volvieron á Roma, habiendo empleado cuatro años en aquel viaje. Al verlos el pueblo encadenados de aquella manera, lívidos y ulcerados los piés, se compadecian de su suerte y los socorrian; pero el papa no creyó fuese aún bastante para concederles su perdón. Vuelven á pasar de nuevo el Mediterráneo, dirigense otra vez á Jerusalem, á Caná en Galilea, y hasta los montes de la Armenia donde se detuvo el arca. Cogidos por los infieles, fueron despojados, maltratados, no dejando de continuar su camino en aquel miserable estado. Dirigiéronse, en fin, hácia el Sinaí, y de vuelta á Roma el cuarto año, imploraron misericordia sobre el sepulcro de los apóstoles. Visitaron en seguida los principales santuarios de Francia, reducidos á tal miseria, que las cadenas penetraban en sus carnes, que la sangre y el pus destilaban de sus llagas; en fin, una aparicion les libertó de sus hierros y devolvió la libertad.

Habiase abierto Fulques de Nera, de la familia de los condes de Aujon, el camino del poder por el asesinato de su hermano y otros; pero no dejando treguas á su herida imaginacion sus espectros, resolvió hacer como penitente el viaje á la Palestina. Asaltado por una espantosa tempestad, hizo voto de construir una iglesia á San Nicolás, y se salvó la vida. Entró en Jerusalem haciéndose azotar por sus criados, gritando: ¡Señor, tened piedad de un perjuro y de un asesino! Negáronle los musulmanes la entrada en el Santo Sepulcro, á ménos que no jurase hacer una cosa, á la cual, decian ellos, estaban obligados todos los príncipes cristianos. Prometió conformarse á ello; pero cuando supo